

EL CAFÉ.

SEMANARIO PINTORESCO DE BARCELONA.

PRECIOS.	En Barcelona.	En Provincias
Seis meses.	19 rs.	24 rs.
Tres meses.	10 rs.	15 rs.
Un mes.	4 rs.	

ANUNCIOS á 8 maravedises línea los no suscritos, y á 4 maravedises los suscritores. Remitidos de interés particular, á precios convencionales. Remitidos de general interés, **gratis**.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de La Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero, y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime I.º, Universal, plaza Real, número 1, Papelería de Sala Hermanos, calle de la Union; Litografía de Vazquez, Rambla del Centro, y en las principales librerías del Reino. Redaccion y Administracion, en la misma imprenta.

SUMARIO.

TEXTO: El Filósofo y el Poeta, por J. A. S.—Galileo Galilei T. por M. Ll.—A una Nube, por R. Monje.—Un baño higiénico-económico, por J. A. F.—A orillas de la mar, por D.ª Isabel de Villamartin.—A una astucia otra mayor, por V. P.—Crónica general.
ILUSTRACION: Un baño, Caricaturas por Ramon Puiggari.

EL FILÓSOFO Y EL POETA.

¿Osareis, por ventura, amalgamar estas dos palabras? ¿Os atreveréis á colocar en una misma línea estos dos seres tan superficial y vagamente estudiados cuanto peor comprendidos, que ninguna relacion tienen entre sí, á quienes no une el menor punto de contacto, que se excluyen mutuamente, que se contradicen por necesidad y que se repelen con furor en direcciones opuestas?

Si tal hiciérais, si os propusiérais fundir ambos elementos, y si á toda costa os empeñárais en mezclar estas dos existencias moralmente incompatibles, vendriais á obtener en último resultado, un tercer ente de una naturaleza desconocida, anómalo, incompleto, indefinible, mitad hombre, mitad monstruo, demonio y ángel á la vez, grandioso y sublime en parte, y en parte oscuro y ruin como el insecto que se ceba en los cadáveres y se reproduce entre la corrupcion de los muladares: sacaríais un tipo asqueroso que no perteneceria á ningun género, á ninguna especie determinada, y al tender la mano al bello ideal que ocupaba vuestra fantasia, tocaríais solo una estatua grotesca é informe de un barro hediondo y negruzco en cuya frente veríais escritas con caracteres fosfóricos palabras terribles.... *creencias y escepticismo.... convic-*

cion y sarcasmo... todo y nada... creacion y muerte.

Y tal debe suceder: porque colocados ambos sobre el nivel de la multitud imbecil, el filósofo y el poeta tienen almas de temple muy diverso: sendas distintas se abren ante sus ojos; la mision de este en nada se parece á la de aquel. Semejantes á Demócrito y Heráclito, cuando el hijo de la ciencia rie, el de la naturaleza llora; cuando aquel se burla, este padece, y cuando el sabio tiende una mirada desdeñosa sobre el vulgo que hormiguea á sus piés, el bardo levanta al cielo sus ojos anublados por las lágrimas, ora.... y espera. Porque aquel es el hombre esclavo de la razon fria y calculadora, y este es el del entusiasmo y la verdad: allí domina el cérebro, aquí el corazon: el yelo de la vejez y la calma de las sepulturas son el patrimonio del uno; el ardor febril de las pasiones y un exceso de amor y de vida hacen el suplicio del otro.

Oyeme, pueblo: cuando congregado en tus orjías te abandonas á la crápula y á la disolucion henchido de goces y placer; cuando enloquecido por el furor en los campos de la matanza rujes por sangre y esterminio; cuando lanzas ahullidos de alegría feroz al presenciar las convulsiones postrimeras de la víctima que acabas de sacrificar ante el ídolo de tu ambición y de tu orgullo, y cuando en fin, apiñado sobre el lodo de las plazas públicas te disputas el horrible privilegio de rodear el cadalso de los criminales ¿no has observado frecuentemente una figura pálida y descarnada que á modo de un espectro se alza en medio de tí, y te contempla inmóvil y silenciosa algunos instantes, atraviesa tus masas con lentitud, indiferente á cuanto le rodea, torna á perderse en la oscuridad, no sin encojer los hombros y murmurar una palabra? Pues bien, ese es el filósofo. El hombre de la sabiduría, el ser de la inteligencia, de los axiomas y del estudio ha emprendido tu autopsia, te ha analizado, te ha desenvuelto en todos sentidos y ha hecho servir tus mismos vicios

y tus mismas monstruosidades á su egoismo y á su felicidad: has sido á la vez el objeto de sus ensayos, su libro y su maestro.

En el furor de tus revoluciones sangrientas, cuando amenazen desplomarse tus instituciones y tus monumentos, cuando una gran calamidad esté próxima á caer sobre tí, y cuando lleguen hasta él tus gritos de odio, de dolor y de rabia, tú le verás como por encanto al lado tuyo; al impasible fantasma de las teorías, al esclavo autómatas de los raciocinios.

Y le verás porque su puesto entonces es allí; no se lanzará, no, con un ardor noble entre tí y tu víctima para salvarla de tus uñas é impedirte una injusticia; no se arrojará en tu seno para consolarte ó llorar contigo; no alzará generosamente su brazo para impedir que caiga sobre tu cabeza la espada de Damocles suspendida de un hilo, ni su mano arrojará un puñado de tierra para contribuir á cegar el inmenso abismo abierto á tus plantas. Se habrá arrastrado pausadamente como la tortuga hasta el cráter del volcán para aprovecharse de sus investigaciones, para ensayarlas sobre tus hijos en tus grandes crisis, para dominar, si posible le es, á los hombres y á los acontecimientos, ó para convencerse de una multitud de principios frívolos que se propone legar á la jeneracion futura como descubrimientos útiles, como verdades inconcusas y eternas, como frutos de medio siglo de experiencia y de afanes.

Y si acaso no consigue explotar un beneficio propio tus desgracias ó tus locuras, si la voz interior de su interés individual le anuncian el menor riesgo.... te lo he dicho antes: verás al hijo de los cálculos y de la estéril razon abrirse paso por entre tus oleadas furiosas, alzar su frente imperturbable y estoica, dirigirte una mirada de desprecio, mientras vaga en sus labios una sonrisa irónica, y desaparecer en lontananza diciendo: *¡imbécil humanidad!* Dentro de algunos instantes, la tortuga encerrada en su concha escribirá en sus indigestos cartapacios una máxima mas, para la que tú mismo le habrás prestado materia, sin que las pulsaciones de su corazon sean mas violentas que antes en aquel pecho de mármol. Y la posteridad sin duda llamará á este hombre.... *¡El filósofo!*

Vuelve la medalla ¡oh pueblo! Si tal vez en el silencio de la noche hiere tus oídos el acento sonoro y patético de la cítara, y si crees escuchar el melodioso cántico del ángel de la esperanza y de los consuelos, es—no lo dudes—la mano del bardo que recorre las cuerdas de su arpa; es su corazon que llama al tuyo; es su voz que se eleva hasta el trono del Omnipotente lamentándose de la injusticia de los hombres y pidiendo misericordia y clemencia para sus hermanos.

Si cuando desfalleces de hambre y de sed en el desierto como el hijo de la esclava, ves descender hasta tí un jenio que humedece tus labios abrasados y te dá á gustar el maná de los israelitas, es el brazo del poe-

ta que ha corrido á interponerse entre tí y la muerte. Y si orilla de la tumba de tus mayores y mientras tributa lágrimas á su memoria, oyes las modulaciones del fúnebre cantor de los sepulcros, es que canta las hazañas de tus abuelos, que te cuenta sus glorias y sus virtudes, y que te ordena ser grande y heróico, pues que heróicos y grandes fueron los que te han precedido.

Si cuando el rayo serpea en el espacio amenazando herir tu cabeza ves una éjida que la cubre; si tus lágrimas de amargura, al desprenderse de tus ojos encuentran otras con que reunirse, que el dolor ha arrancado tambien; y si por entre la densa niebla de la ignorancia y del materialismo que te envuelven y sofocan, alcanzas á vislumbrar una ráfaga de luz, ó conmueve tus fibras el májico acento de la verdad augusta.... ¿á quien lo debes? Al poeta; porque obedeciendo al solo impulso del corazon y repeliendo las teorías de los sabios, se identifica contigo, goza en tu alegría, sufre en tu pesar, y es, por decirlo así, el espíritu mediador que te reconcilia con el cielo y con la existencia; porque en su pecho arde un volcán inextinguible que incendió una mano eterna; porque oscuro y peregrino sobre la tierra está condenado á arrastrar una vida de fuego, de ilusion y de martirio, porque sus pasiones son violentas y devoradoras como el metéoro que se enjendra en las nubes, y porque su destino es.... *¡amar ó morir!*

Y tú que pagas con oro los crímenes y con oro compras las virtudes, le ofreces con desden algunos dracmas de tu metal favorito y omnipotente, y le miras despues de hito en hito, como diciéndole.... *¡Hé ahí tu recompensa! ¡Que mas quieres!*

Ah! No por Dios! No arrojes á los piés del bardo esos tus dones, lo mismo que arrojarías á los canes las sobras de un festin; porque él no te los pide; no los necesita, ni bastan á llenar su corazon, ávido de impresiones grandes, y sediento de conmociones vivas y eléctricas. Mientras pueda estender su brazo y alcanzar las frutas silvestres que cuelgan de las ramas de los árboles, interin mane un torrente de entre las piedras de la montaña y en tanto que posea su arpa y su inspiracion.... nada te pedirá. Nada, sino que oigas sus cantos si te place, que no destruyas sus esperanzas, y que le dejes vivir siquiera con sus *ilusiones*.

J. A. S.

GALILEO GALILEI.

Hónrase la Italia de haber producido á Galileo, y la Inglaterra se enorgullece por haber dado Newton al mundo científico; y así es que el mérito de dos hombres de genio, cuyos trabajos pertenecen al universo entero, se halla some-

tido á la apreciaciones del amor propio nacional. Fuera de Inglaterra y de Italia, no se comparará á Galileo y á Newton mas que para examinar hasta que punto fué necesario el primero al segundo; como aquel preparó el camino, allanó los obstáculos, señaló el fin y trazó la ruta. Se reconocerá que el Italiano, entregado especialmente á los descubrimientos físicos y á las observaciones astronómicas, contentóse aplicando las matemáticas tales cuales eran en su época, sin enriquecerlas con nuevos métodos; pero aunque haya sido mas físico y astrónomo que geómetra, á la vez que Newton fué lo uno y lo otro con igual distincion, no dejara de confesarse que el Italiano y el Inglés fueron igualmente filósofos. Galileo es sin disputa el creador de la filosofía experimental; y para introducirla en la época y en el país en que vivió, fué necesario estar dotado de valor, de habilidad y de un conjunto de facultades que no siempre se encuentran asociadas con el genio. Él tuvo que combatir la autoridad de Aristóteles que dominaba exclusivamente en todas las escuelas; y en seguida levantáronse en contra suyo las preocupaciones, dando la voz de alarma á la fé religiosa. Para que un solo hombre consiguiera hacer admitir algunas verdades universalmente rechazadas, preciso era que poseyese el arte de encontrar apoyo y protectores, que supiese emplearlos á tiempo, sin comprometer su crédito, que fuese un escritor persuasivo, que reuniera en fin á las cualidades del sabio y del literato, todas las del hombre de buena sociedad. Tal fué en efecto Galileo, mas notable quizás bajo este concepto que ninguno de los promovedores de las ciencias, sea en la antigüedad, sea entre los modernos. Él cultivó la música, el dibujo, y tambien la pintura; y en estas dos artes fué mas que un mero aficionado. Dotado de una vastísima memoria, estaba perfectamente impuesto en la literatura contemporánea. Además de la perspicacia que dirigia sus experimentos, haciálos con tal habilidad que aumentaba mas y mas la satisfaccion de los espectadores. En fin, así en las relaciones sociales, como en los negocios graves, poseía en el mas alto grado el sentimiento de la conveniencia, el tacto de la oportunidad; y todos estos medios de buen éxito empleólos constantemente en provecho de la verdad.

Galileo nació en 1564: su padre Vicente Galilei, gentil hombre florentino, establecido en Pisa, era músico inteligente y bastante iustruido en matemáticas. Desde la mas tierna edad pudo asegurarse que Galileo no seria un hombre vulgar, pues fué muy aventajado en los varios estudios que emprendió, lo cual no le impedía hacer algunos ensayos de máquinas, imitar las que veía y añadirles nuevas combinaciones. Su padre deseaba que fuese médico, temiendo, y con razon, el atractivo que para los genios tales como el de su hijo tienen las ciencias matemáticas; sin embargo no pudo impedir que una parte del tiempo consagrada á Galeno, fuera distraida en provecho de Euclides. Por fin el jóven Galileo obtuvo permiso para entregarse abiertamente á sus estudios predilectos, y en su consecuencia abandonó el de la medicina. En 1599, fué nombrado profesor de matemáticas en la Universidad de Pisa, mas no disfrutó tranquilamente, ni por mucho tiempo, de aquella vida de trabajo útil que su posicion parecia asegurarle. Bastantes descubrimientos llevaba ya hechos, para no haberse atraído numerosos enemigos entre los que rechazaban toda innovacion en la enseñanza. Él habia dado á conocer la ley de aceleracion del movimiento de los cuerpos al caer, la igualdad de la rapidez impresa por la gravedad á todas las sustancias materiales, y muchas otras verdades físicas de las que Aristóteles no habia hablado. Así fué que los ataques contra el profesor llegaron á ser tan violentos, que se vió precisado á salir de Pisa y refugiarse en Florencia, donde entónces residia su padre. Pronto acudieron en su socorro algunos protectores ge-

nerosos, con lo cual no quedaron paralizados los trabajos científicos, y en poco Galileo ocupó otra cátedra de matemáticas en la Universidad de Padua. Allí, bajo la proteccion de las leyes venecianas, pudo filosofar con mayor seguridad; y para demostrar su agradecimiento hácia sus protectores y el gobierno que le empleaba, inventó é hizo construir nuevas máquinas, compuso muchos tratados é imaginó el compás de proporción, que denominó *compás militar*, por haberlo dedicado especialmente á los ingenieros, para quienes habia redactado tambien un *Tratado de fortificación*.

Mas como segun la forma de gobierno que regia en Venecia, los cargos de profesor, lo mismo que los demás empleos, solo eran temporales; luego que hubo concluido el de la comision de Galileo, el Senado lo renovó con un aumento de asignacion; nueva prueba de confianza que fué pagada como la primera con descubrimientos de la mayor importancia y con producciones científicas. Este fué para el profesor la época mas brillante y feliz de su vida, pues en ella inventó el telescopio y lo usó por primera vez: descubrieron entonces los fenómenos celestes, y haciéndose necesaria una obra periódica especial para anunciarlos, Galileo la publicó con el título de *Correo sideral*, *Nuntius sidereus*. Los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, la verdadera figura de los planetas y su movimiento de rotacion al rededor de su eje, el movimiento de rotacion del sol, deducido de las apariencias y la vuelta periódica de sus manchas, etc.; tantas maravillas anunciadas una tras otra, dejaron atónitos á los enemigos del profesor, los cuales se vieron precisados á concentrar sus fuerzas y buscar medios de ataque mas eficaces que los que hasta entonces habian empleado. En medio de las citadas ocupaciones que absorbían el tiempo y la atencion de Galileo, llegó otra vez el término de su comision; pero esta vez el Senado de Venecia no se limitó á renovarla, sino que fué prolongada por toda la vida del hombre que tan dignamente la desempeñaba y triplicada su asignacion. Verdaderamente el gobierno veneciano se mostraba tambien digno de velar por las glorias de aquel grande hombre.

Pero desgraciadamente para las ciencias, el gran Duque de Toscana lo llamó en nombre del país natal; y esto atrajo á Galileo, el cual abandonó la seguridad de Padua, para ir á esponerse á los chismes de una corte y á los tiros del poder eclesiástico. Aun no habia cumplido cincuenta años y su fuerte constitucion física le prometia una dilatada existencia; pero así que hubo llegado á Florencia, puede decirse que las ciencias lo perdieron. El resto de su vida, veinte y ocho años, (¡y que años los de un hombre de genio!) todo este tiempo de un precio incalculable fué devorado por una polémica estéril y por persecuciones que los mas poderosos protectores no pudieron desviar. Conducido á Roma poco tiempo despues de su salida de Padua, fué preciso que el filósofo abjurara delante del Papa de toda creencia en las verdades de la observacion y de la experiencia y que su retractacion fuese insertada en todos sus escritos, prohibiéndosele además la correspondencia con los sabios de Alemania. Sin embargo la verdad nada perdió de su ascendiente en el alma de Galileo. Observado de demasiado cerca para que pudiese añadir nuevos descubrimientos á los de que se le acusaba haber hecho públicos, se ocupó en revisar sus obras, perfeccionarlas y confirmar con prueba aun mas convincentes el sistema astronómico de Copérnico, etc. Mas esto era provocar á la inquisicion, y la inquisicion al fin le alcanzó. En 1634 Galileo, entónces enfermizo y septuagenario, fué conducido por segunda vez á Roma, y condenado definitivamente á una prision ilimitada: todo lo que sus protectores pudieron lograr, fué el hacerle mas llevadero su cautiverio. No obstante su salud se habia alterado gravemente, y á la edad de setenta y cuatro años perdió la vista. Pero

4

apesar de la pérdida de sus órganos materiales, su espíritu nada perdía de su vigor ni de sus encantos. El 9 de enero de 1642, una fiebre lenta puso término á su vida y á sus sufrimientos. Florencia acordó erigirle un mausóleo.

Al principio del siglo actual las obras de Galileo se hallaban todavía en el *Index*, aunque sus doctrinas fueran admitidas por la generalidad y libremente profesadas en los libros que los bibliotecarios del Vaticano entregaban sin dificultad á los lectores.

Galileo puede ser colocado en el número de los hombres que la naturaleza habia adornado con sus mas preciosos dones. La lista de sus obras es menos estensa de lo que podria suponerse por los trabajos que ha hecho; y actualmente no son consultadas mas que para la historia de las ciencias, pues todas las verdades útiles que contienen están en circulacion, aprovechándose todos de ellas como de la luz del dia, sin ocuparse del origen de donde procede.

T. del francés por M. LL.

A UNA NUBE.

Nubecilla pasajera,
Que en el aire te dilatas,
Y cual leve tul retratas
De los cielos el fulgor:
¿Cruzas el inmenso espacio
De esa bóveda anchurosa,
Por ganar mansion dichosa
Bajo el trono del Señor?

¿Ambicionas por ventura
La fragancia del capullo,
Que con lánguido murmullo
Roba el aura matinal;
O pides allá al Ocaso,
Imán de tu blando giro,
Nácar, púrpura y zafiro
De transparencia ideal?

¡Ay! entonces vuelve al seno
De los mares do saliste;
Mal destino recibiste,
Rien menguado es tu arrebol:
Que quien viste ajenas galas,
Y á merced prestada brilla,
Tibia antorcha, nubecilla,
Viene á ser ardiente sol.

Mas, si ufana pretendieres,
Tan liviana como el viento,
Deslumbrar por un momento
Con espléndido deslíz,
Sera pronto mancha oscura,
Triste sombra, denso velo
Y borron del claro cielo
Tu caprichoso matiz.

R. MONJE.

UN BAÑO HIGIÉNICO-ECONÓMICO.



Determinado D. Blas
A tomar con ligereza
Algun baño de limpieza,
Porque es limpio por demas;

Con su esposa Petronila
Y herederos de su nombre
Fué á una Casaca hombre
Y tomó solo un baño.

Y primero, ya se vé,
Debíó bañar al rebaño:
Mas cuando él tomó el baño
Fué de limpieza, ó de que?..—F.

A ORILLAS DE LA MAR.

La alta luna aparece,
Y murmura la brisa;
La fuente gratamente se estremece,
Y el agua al rielar el césped pisa.

Al pié de dura roca,
Que el mar le dá su espuma,
Se vé una jóven de enlutada toca,
Que envuelve al ancho velo de la bruma.

Sus ojos han vertido
De perlas un tesoro,
Y nadie con afán ha recogido
El manantial de su precioso lloro.

La faz languidecida
Revela hondo tormento,
Que amarga los instantes de su vida,
Dejándola en completo desaliento.

Su cabello esparcido
Por su espalda nevada,
Le presta aquel sombrío colorido
De una alma por la pena lacerada.

Inmóvil cual la noche;
Cual ella triste y fria,
Espera que la aurora rompa el broche,
Y lance de su seno el claro dia.

Mas ¡ay! vana esperanza!
Su albor á ver no llega;
Que el sol cuando despunta en lontananza,
Sus ojos un momento no le ciega.

Pues súbita locura
La asalta presurosa,
Que imprime en su semblante la amargura
Con mano despiadada y poderosa.

Y corre sin descanso
Por la arenosa orilla,
Mientras el aire bienhechor y manso,
Con amor acaricia su megilla.

Una bronca campana
De sí un toque desprende;
Y aquella calma de la noche vana
Con lúgubre sonido ya suspende.

Un grito, grito horrible,
Supremo, sobrehumano,
Con acento fatal, indescribible
Se escapa de su pecho tan galano.

Y fija su mirada
En las salobres olas,
Oyendo con el alma horrorizada
Su ronco son al agitarse solas.

Y ve su fantasía
Un buque hecho pedazos,
Que pide en vano auxilio en su agonía,
Y tiende hácia el abismo sus dos brazos.

En vano, todo en vano;
Su esfuerzo es impotente,

Y oprime con la palma de su mano
El contorno suave de su frente.

Y mesa sus cabellos;
Destroza su vestido;
Y de razon perdida los destellos
Demuestra con fijeza su quejido.

Cansada, sin aliento,
De lucha tan intensa,
Murmura al desplomarse un dulce acento,
Faltó el sentido y la razon suspensa.

El buque destrozado
Que mira en su locura,
La historia es de su amor tan desgraciado
Que anubló para siempre su ventura.

Un tiempo fué dichosa
Al lado de su amante,
Mas la suerte falaz y caprichosa
La dicha arrebató en un instante.

En noche despiadada,
Fatal, de fria luna,
Despidióse angustiosa y desolada
Del hombre que iba en busca de fortuna.

Mas apenas del puerto
El buque se alejaba,
Cuando escuchóse con ruido incierto,
Que en una aguda peña se estrellaba.

Y aquel abismo frio
Tragóse en un instante
Lo que poco antes, con firmeza y brio,
Fué á deslizarse por su azul flotante.

La jóven de rodillas
Lo habia presenciado:
Y al ver de aquella nave solo astillas,
Se habia en su quebrauto desmayado.

Cuando volvió á la vida
Su razon era poca;
Pues solo recordaba conmovida
Aquel á Dios postrero de su boca,

Mas desde aquel momento
Al sonar aquella hora,
Se lanza con pavor de su aposento,
Pues es de su locura precursora.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

A UNA ASTUCIA OTRA MAYOR.

Harto conocido es de la mayor parte de nuestros lectores el caracter duro y caprichoso de Pedro I de Castilla, por lo que los poetas le han llamado el cruel, y algunos historiadores el justiciero. Muchas han sido las anécdotas, que como hijas de su carácter particular, nos ha legado la tradicion popular.

Caminaba hácia Sevilla un dia el rey, acompañado de los principales de su corte, y cosa bien estraña en su carácter, en su semblante se veia brillar la alegria, sin duda porque iba á descansar de las fatigas de la guerra, en los brazos de la

hermosa Padilla. El rey no era delicado en su trato, desafiaba el ardor del sol y el rigor del frio, dormia en su tienda ó al raso, muchas veces sobre el duro suelo: un pedazo de pan negro, un poco de agua le era suficiente y grato alimento, y aun algunos dias sufría el hambre con todas sus penalidades.

Era una tarde abrasadora de julio: al encuentro del rey, y á la extremidad de un monasterio, que se hallaba en medio del camino, salió un reverendísimo abad, fresco, colorado, estremadamente gordo, el que hecho al regalo, llevaba detras de si dos corpulentos hermanos que mantenian abierto sobre su afeitada cabeza una especie de palio para libertarla de los ardores del sol. Inclínose el abad á besar la mano de D. Pedro, el que con aire burlon y algun tanto severo.

—Como os va, le dijo, humilde servidor de Dios? Bien. muy bien me parece que os sientan los ayunos, oraciones y disciplinas. Estais famoso, padre, ¿que haceis para estar tan grueso? Yo soy rey, y vedme cuán seco, cuán pálido estoy...

—Señor, los cuidados, las continuas cavilaciones de V. A. son las que hacen debilitar su cuerpo. Aqui exentos de todo cuidado terreno, no tenemos que pensar en nada mas que en la salvacion de nuestras almas, y esto es un pensamiento fijo, tranquilo, y que no desgasta las fibras del cerebro.

—Pues padre, yo quiero daros ocupacion, y me agradeceis el que os haga adelgazar dándoos en que pensar. Tal vez os libraré asi de una apoplejia. Dicen que sois muy entendido, que sabeis mucho, que sentis casi crecer la yerba.

—Señor, he ocupado todos los altos destinos de la órden, soy el maestro, añadió, aparentando modestia, segun dicen, mas distinguido de ella, el primer conocedor de numismática del reino, y el mejor astrónomo.

—Me alegro, reverendo padre: os voy á dejar tres nueces para que las casqueis con vuestras fuertes y robustísimas quijadas; tres nueces por vida mia, que os han de entretener. Tres meses os doy de termino; al cabo de los tres meses, añadiendo, dando á su cara aquel aire de ferocidad que aterraba á sus vasallos, y que le valió el sobrenombre de cruel... al cabo de tres meses me respondereis á estas tres preguntas.

Primeramente. Me habeis de decir á punto fijo, sin equivocaros ni en un solo maravedí, ya que sois tan gran conocedor en monedas, cuánto valgo yo cuando en medio de mi corte, sobre mi trono de oro, me hallo dictando leyes á cien pueblos que las acatan como las de la divinidad.

Segunda. Me habeis de calcular, sin faltarme ni en un solo minuto, en cuanto tiempo, con mi caballo, podré dar la vuelta al mundo: esto no es mas, lo sé, que una friolera para vos.

Tercera y última. Me habeis de adivinar, ó gloria de los abades, flor de los sabios de España, cual sea mi pensamiento, que franca y lealmente juro confesaros despues; pero os advierto que en este pensamiento no debe da haber ni la mas mínima cosa que sea verdad.

Si no respondeis á estas tres preguntas, vive Dios que no sereis mucho tiempo abad, porque os haré encerrar en una torre, y á pan y agua concluireis la vida. Inmediatamente metió D. Pedro espuelas á su caballo, este salió corriendo á todo galope, y la comitiva cortesana le siguió inmediatamente.

Estupefacto quedó el pobre Abad, que conocia el genio y humor de D. Pedro, comprobado en otros cien no menos funestos lances; no tuvo desde aquel instante un momento, un rato de tranquilidad. El pobre abad se rompía la cabeza en discurrir. No sufre tantas angustias, ni tan mortales congojas el reo sentenciado al último suplicio á la vista de la cuerda, como el pensativo abad.

Envió á consultar á una, dos, tres, cuatro universidades, preguntó á una, dos, tres facultades, pagó Dios sabe cuantos derechos y honorarios, y sin embargo, ningun doctor resolvió estos problemas.

En tantas agonías, en tanta cavilación se pasaban las horas, los días, las semanas, los meses!... el término fatal se aproximaba; el pobre abad ya se veía en la torre á pan solo y agua...

Desesperado, pálido, descarnadas sus mejillas, reducido á la mitad de su volúmen, ya no era aquel abad gordo, fresco-rolizo que viera el rey tres meses antes, sino un monge seco, macilento, *vera efigies* de un S. Gerónimo.

Huía de la concurrencia, buscaba los sitios mas solitarios y ocultos en los bosques, y á las márgenes de los ríos.

Dos días antes del fatal en que espiraba el plazo, paseando cabizbajo por una trocha, apenas transitada por humana planta, encontró sentado en una roca al pastor que guardaba los ganados del monasterio, Bartolo Perez.

—Qué os contrista, padre abad, dijo Bartolo, en verdad que estais mas delgado que una sombra, apenas teneis aliento, apenas podeis arrastrar los pies: sin duda habeis tenido, padre, algun tropiezo.

—¡Ah buen Bartolo Perez, y cuánta razon tienes! un tropiezo he tenido: el rey D. Pedro me ha dado y no poco que hacer. Me ha puesto en los dientes tres nueces, como él dice, que el mismo Belcebú no es bastante á cascar.

—¿Tan duras son, reverendo padre?

El abad le refirió al pastor las tres preguntas á que el rey le habia mandado responder, y le refirió tambien la terrible pena que debia sufrir si la respuesta no era exacta y satisfactoria.

Oyólas Bartolo con la mayor atencion, y cuando el abad, que hallaba, como todo desgraciado, un placer en contar á todo el mundo sus cuitas, hubo concluido su lastimosa narración:

—¿Y no es mas que eso? exclamó hechándose á reir á carcajadas. Tranquilizaos, padre abad, yo me encargo de conducir la barca: prestadme solamente vuestra capucha, vuestras cruces, vuestros hábitos, y yo prometo dar al rey las respuestas que pide. Verdad es que yo no sé ni una jota de ese guirigay de latin, pero yo he sacado en herencia del vientre de mi madre lo que vosotros altos y poderosos doctores no sois bastantes á comprar con todo vuestro dinero.

El abad que veía la resolucion del rústico, y que en prestarse á la estratagema de Bartolo no arriesgaba con el rey mas de lo que arriesgaba en no responder á las fatales preguntas, consintió en el disfraz. Morir de hambre por no responder, ó morir de cualquiera otro modo por burlar al rey todo es morir, decia para sí el buen abad, y á fé mia que le sobraba la razon.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegóse el designado por el rey. Era de ver á Bartolo con su capucha, su hábito, sus cruces, y su báculo abacial, penetrando con afectada gravedad en la cámara del rey D. Pedro. Era de noche, y la estancia aunque iluminada se hallaba con una luz agradablemente templada con ricas pantallas arabescas: los ricos hombres de Castilla, la corte toda del rey, que sentado en el trono con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y con los demas atributos de la dignidad real, imponia por su magnificencia y por su brillante majestad.

—Ahora, señor abad, como gran conocedor en monedas, decidme cuanto valgo hasta el último maravedí.

—Alteza! Cristo fué vendido por Judas en treinta dineros. Por eso yo no daria por vuestra alteza, por muy alto que os considereis y os estimeis, mas que veinte y nueve dineros cabales. Es preciso que valgaís un dinero menos que él.

—Hum! dijo el rey frunciendo las cejas. Ha hablado en razon; por mi honor que nunca me habia creído valer tanto. Ahora es preciso calcularme y decirme á punto fijo en cuanto

tiempo, sin fallarme en un minuto, puedo dar la vuelta al mundo.

—Si vuestra alteza sale por la mañana al mismo tiempo que el sol, y le acompaña á caballo siempre, y con la velocidad que él, apuesto mi cruz y mis hábitos á que será negocio de 24 horas.

—Ah! dijo el rey, con buena avena alimentais vuestros caballos, con *si* y *pero*; el hombre que ha inventado estos *sies* y *peros* y demás condicionales era un excelente filósofo, capaz de salir bien con ellos de todo. Eh! ahora reunid todas vuestras fuerzas para la tercera pregunta, y sino á la torre, y á pan y agua. ¿Qué es lo que yo estoy pensando, y es falso? Pronto, responded, y sin *sies* ni *peros*, ni estas condicionales malditas.

—Vuestra alteza está pensando que yo soy el abad de S. Onofre.

—Seguramente, pero en este pensamiento que hay de falso?

—Perdóneme vuestra alteza, en eso se equivoca, porque yo no soy sino el pastor de los ganados del monasterio, Bartolo Perez.

—Qué! ¡demonio! tu no eres el abad de San Onofre? gritó don Pedro con toda su fuerza, con una espresion feroz, que hizo en toda la concurrencia, y en el pobre Bartolo el efecto de un rayo caído imprevistamente del cielo. Con la rapidez que pasa el rayo pasó el enojo del rey, quien con jovial sorpresa exclamó:

—No eres el abad! vive Dios que lo serás desde hoy.

—Señor! exclamó Bartolo, cayendo á sus piés de rodillas.

—Quiero que seas investido con el santo hábito, con el anillo, el báculo y demás distintivos de la dignidad abacial. Tu predecesor irá á la torre y terminará á pan y agua el resto de sus días. Esto le hará comprender lo que quiere decir *quid juris*, porque el que quiera segar debe tambien sembrar.

—Salvo el permiso de vuestra alteza, yo me quedaré siendo lo que soy. Ni se leer, ni escribir, ni contar, ni una jota de latin, ni de lenguas vivas ni muertas, y lo que Bartolo no ha aprendido ya, tiene la cabeza muy dura para aprenderlo ahora, á lo que si tal vez me acostumbraria seria á dar á besar mis manos y echar bendiciones, y....

—Buen Bartolo Perez, lástima es que no quieras ser abad, pero pídemle otra gracia, tu jovialidad me ha divertido y causado un momento de placer, y vive Dios! que yo quiero tambien causártelo á ti.

—Señor yo no tengo muchas necesidades, pero puesto que vuestra alteza se halle dispuesto á colmarme de favores, le pido por única recompensa el perdon de mi reverendísimo abad, amo y señor.

—Muy bien, muy bien, Bartolo, tienes tan excelente corazon como buena cabeza. Lástima que no hayas nacido caballero: perdono á tu amo el abad, pero con las cláusulas y condiciones siguientes.

«Ordenamos al reverendo abad de S. Onofre que desde hoy no emplee en la guarda de los ganados á Bartolo Perez, á quien mantendrá con el mayor regalo proveyendo gratuitamente á todas sus necesidades hasta el día que plazca al Señor llamarle á sí para gozar de la eterna bienaventuranza»

Toda la Corte celebró el juicio del Rey, el pastor colmado de dones volvió á descansar al monasterio aquella misma noche, y el abad libre de tantos cuidados volvió á su antiguo método de vida, engordó de nuevo, y cuenta la crónica que al cabo de algun tiempo murió de apoplejia, de la que seguramente se hubiera libertado á habérsele aplicado el sistema flogístico de pan y agua á que primero le habia condenado el rey D. Pedro.—V. P.

CRÓNICA GENERAL.

Teatro Principal.

LA TRENZA DE SUS CABELLOS.—Sabido es que para la ejecución de esa producción estupenda del señor Rubi, se necesita ser artista consumado, y á prueba de bomba, á fin de salir airoso de su cometido. He aquí porque este drama se salvó del naufragio que le esperaba. La señora Diez estuvo sublime en todos los actos; imposible es formarse una idea de la verdad con que interpretó la locura que dominaba al personaje que le estaba encomendada. Nada de ademanes forzados, de gestos rebuscados, de gritos ni de manoteos; todo tan natural, tan sencillo; aquella fisonomía tan adecuada; aquella risa tan bien sostenida; aquella voluntad tan bien llevada.... en fin á no saber que era la representación de una fábula, cualquiera habría compadecido á una mujer que tanto sabía amar, y á la que por esta misma causa perdió el juicio. — No podemos estampar en nuestro semanario palabras suficientes para ensalzar á la Sra. Diez; todo cuanto dijéramos sería poco para lo que se merece.—El teatro Principal puede agregar ahora á este nombre y al de Santa Cruz, el de *Teatro-Diez* y pueden estar seguros los Empresarios, ó lo que fueren, que nadie criticará semejante determinación. No obstante, como la artista española, tiene el defecto de serlo, esto bastará para que nadie se acuerde de ello... si fuese estrangera.... Basta, y ya sabe ella que puede tener tanto orgullo como la primera actriz *no nacional* que pise la escena. —El Sr. Catalina (D. Manuel) no nos desagradó, y en el tercer acto acompañó con mucha maestría á la señora Diez, de suerte que ambos artistas fueron muy aplaudidos.—Debemos confesar, empero, que mas nos agrada este excelente actor en la *comedia* que en el *drama*, sin negar por eso, que en ambos géneros está bien. —El Sr. Calvo no podía hacer mas de lo que hizo, pues no cabe interpretar mejor un papel que de la manera con que lo hizo con el del conde. —El Sr. Aguirre nos agradó mucho en su corto papel, y es lástima que muriese tan pronto, pues nos habría gustado que su vida se alargase algo mas.—El Sr. Ibañez comprendió muy bien el papel de *Doctor*, y debemos confesar que nos agradó mucho. — Si este apreciable actor lograra dominar su voz algunas veces, gustaría mucho mas.—En una palabra, la ejecución del drama muy buena, de lo que se desprende que los pocos ensayos que pueden darse van con mucha regla y con gran cuidado, de lo que damos el parabien al director de la compañía. —Algunas personas nos han rogado las dijéramos si la dirección corre á cargo de la misma señora Diez, de Catalina (D. Manuel), ó bien del señor Calvo.—No podemos complacerles, pues nosotros, también lo ignoramos.

La falta de espacio nos impide continuar por hoy nuestro juicio acerca las demás funciones de la transcurrida semana; en el próximo número nos ocuparemos.

Muchas gracias:— En el número correspondiente al domingo último de el *Telégrafo*, leemos las siguientes líneas.

« El semanario pintoresco que con el título de *EL CAFÉ* se publica en esta capital, va adquiriendo cada día mayor popularidad, debida á la constancia de su director, el joven poeta don J. A. Ferrer Fernandez, y al inteligente lapiz de don Ramon Puiggari, que con sus caricaturas retrata con finura y gracia las extravagancias de la época. Con las obras de esos dos jóvenes, que dedican al fomento del citado periódico los ratos de ocio que les dejan sus respectivas profesiones, hemos visto también alternar algunas preciosas producciones de nuestras mas distinguidas poetisas doña Maria Mendoza de

Vives, doña Angela Grassi, doña Isabel de Villamartin y doña Pilar Pascual de Sanjuan, que contribuyen á dar á aquel semanario mayor interés y á hacer mas amena su lectura.»

Damos las mas cumplidas gracias á nuestro apreciable colega por la galante indicación que de nosotros hace.

El Maestro D. Baudilio Sabater.—En la última reunión que dió la sociedad del Círculo, tuvimos ocasión de oír unos bellísimos rigodones, titulados *La villa de Rivedeo*, escritos para piano y harmonium por dicho maestro que fueron muy celebrados por los inteligentes; añadiendo una hoja mas á la corona artística, que por sus brillantes composiciones y su esmerada ejecución en los citados instrumentos ha logrado conquistar el citado profesor.

El Monserrat.—El otro día nos trasladamos al vapor de dicho nombre á la atenta invitación de su amable capitán. Este buque es de hierro y de construcción esbelta, y apropiado para surcar los mares con ligereza, lo que unido á la gran fuerza de la máquina le proporciona mucha velocidad. Sus cámaras son espaciosas y lo mismo que lo restante del buque se nota en ellas una limpieza estremada.

Felicitemos á la sociedad que ha adquirido un vapor que tanta fama ya habia alcanzado en el extranjero, que proporcionara á los pasajeros comodidad y rapidez, y al mismo tiempo el fino trato de su digno capitán.

Medida acertada.— Los antiguos persas desollaban vivos á los jueces que sentenciaban sin justicia, y estendían sus pellejos sobre las sillas del tribunal, para recordar el deber á los magistrados, y el castigo que les amenazaba, si desgraciadamente se apartaban del camino de una recta justicia.

No cabe duda que queriendo estar bien con su cuerpo, la legalidad y la conciencia predominarían en todos sus fallos.

El Porqué.—Fasando un coronel á su regimiento revista de policía, hechó de ver un soldado que estirando el cuello y las mangas de la chaqueta interior, queria cubrir la falta de camisa.

—Cómo sin camisa? gritó furioso el gefe.

— Mi coronel, contestó cuadrándose el soldado; la tenia muy sucia y la he vendido para comprar jabon para lavarla.

Charada.

Mi primera se descubre
En el reino mineral
Y hace mas bella y salubre
La habitación del mortal,
Prima y segunda lo son
Ciens dama encopetadas,
Y algo dieran las cuitadas
Por no tener tal blason.
Mi segunda con tercera
Suele ser la cualidad
Del hombre en la sociedad,
¡Y ojalá que no lo fuera!
Y el todo es un sitio tal,
Que pronunciando su nombre
Humilla su frente el hombre
Bajo un recuerdo inmortal.

P. P. DE S.

Por lo no firmado. Nilo Maria Fabra, secretario.

DIRECTOR, J. A. FERRER FERNÁNDEZ.—E. R. ANTONIO FLOTATS.

Barcelona, 1889 — Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.